

ahinco tierra que labrar y viñas que cultivar? ¿No echais de ver que son cosas que solamente parecen por lo de fuera, y con su apariencia nos engañan? pero son nada, y no valen nada. Heredad tenemos en el cielo que nadie nos la puede quitar. Allí tenemos casa que no es hecha por manos de hombres. Dad tras estos bienes, comenzad á gozar de ellos aun antes de tiempo con la virtud de la esperanza; porque estos son tales, que si una vez os haceis señor y dueño de tal posesion, os quedaréis eterno heredero, sin que vuestra herencia se traspase á otros jamás. Póngase uno en el punto de la muerte, y mire desde allí la pequeñez de lo temporal que deja y se ha pasado, y de otra parte la grandeza de lo eterno en que entra, y nunca se pasará; y descubrirá como no son dignas de admiracion, sino de risa, todas las grandezas y comodidades de esta vida, por ser tan pequeñas, y por pasarse tan presto.

CAPÍTULO VII.

Qué miserable cosa es la vida temporal.

Veamos tambien en particular qué sustancia y tomo tiene la vida temporal, que es lo que tanto estiman los mortales, y no nos maravillemos poco como en tan breve espacio pueden caber tantas y tan grandes desdichas; por lo cual dijo Falaris Agrigentino que si antes que naciera uno conociera lo que habia de padecer en la vida, no quisiera nacer, ni tomara de balde la vida; porque no es toda ella sino un monton de miserias, una continua tela de peligros. Por esto, arrepentidos de vivir algunos filósofos, llegaron á blasfemar de la naturaleza, diciendo de ella mil quejas é injurias, pues al mejor de los vivientes habia dado tan mala vida; porque no alcanzaron que esto fue efecto y pena de la culpa humana, y no culpa de la naturaleza ó providencia divina. Plinio llegó á decir que no era la naturaleza sino madrastra de los hombres. Y Sileno, preguntado cuál era la mayor dicha del hombre, dijo que el no haber nacido, ó morirse luego. El gran filósofo y emperador Marco Aurelio dijo esta discreta sentencia (1), considerando la miseria humana: *La batalla de este mundo es peligrosa, y su fin y salida tan terrible y espantosa, que estoy cierto que si alguno de los antiguos resucitase, y contase fielmente, é hiciese alarde de la vida pasada, desde que salió del vientre de su madre hasta la postrera boqueada, contando el cuerpo por extenso los dolores que ha sufrido, y el corazon descubriendo las alarmas que le ha dado la fortuna, que todos los humanos se espantarian de cuerpo que tanto ha padecido, y de corazon que tanta batalla ha vencido y disimulado: todo lo cual yo he en mí mismo probado, y confiésolo aquí libremente, aunque sea infamia, por el provecho que puede redundar á los siglos venideros. En cincuen-*

(1) Aurel. Ant. in sua Philosoph.

ta años que he vivido he querido probar todos los vicios y pecados de esta vida, por ver si la malicia de los hombres tiene algunos límites y términos; y hallo por mi cuenta, despues de bien considerado y contado, que cuanto mas como, mas muero de hambre; cuanto mas bebo, mayor sed tengo; si mucho duermo, mas querria dormir; mientras mas descanso, mas quebrantado me hallo; cuanto mas tengo, mas deseo; y harto de buscar, menos hallo guardado: y finalmente, ninguna cosa alcanzo que no me embarace y harte, y luego no la aborrezca y deseé otra. Todo esto sintieron los filósofos por las miserias de que está llena nuestra vida. Lo cual considerando el Sábio, dice (1): Todos los dias del hombre están llenos de dolores y miserias; ni aun de noche descansa su pensamiento. Con razon dijo Demetrio (2) que era miserabilísima la condicion humana, pues los que buscan algun bien, apenas le encuentran; y los males, no solo buscados, pero sin aguardarlos llegan, y se nos entran por las puertas sin querer: de suerte que siempre está nuestra vida expuesta á innumerables peligros, injurias, daños y enfermedades, las cuales son tantas, segun Plinio y muchos médicos griegos y arabes, que en espacio de algunos años se descubrieron mas de treinta especies de dolencias nuevas, y cada dia se van descubriendo mas, y algunas tan crueles, que no se pueden oír sin horror. No digo las enfermedades solamente, sino sus mismos remedios; porque aun dolencias muy conocidas y comunes se curan con cauterios de fuego, con aserrar miembros, con sacar huesos de la cabeza y aun tripas del vientre, como para hacer inventario ó anatomía de ellas. Otras se curan con tan extraña dieta, por la grande furia del mal, que escribe Cornelio Celso que bebían los enfermos los orines por la mucha sed que padecían, y se comían los emplastos por la grande hambre que les afligia. Á otros para sanarles les hacen comer culebras, sabandijas y otras cosas muy asquerosas. Sobre todo, ¿qué mas cruel género de cura que la que padeció Paleólogo, segundo emperador de Constantinopla, que despues de haber estado doliente un año, no tuvo su enfermedad otro remedio de la medicina que matarle á pesadumbre? Y así la emperatriz su mujer, que era la que mas deseaba su salud y gusto, procuró por la misma salud no darle gusto en nada sino cuantos pesares podia, afectando el serle inobediente. Si los remedios aun son tan grandes males, ¿cuáles serán los males de las mismas enfermedades? En Ángelo Policiano fue tan vehemente su dolencia, que se daba de cabezadas por las paredes. En Mesenas fue tan extraña, que en tres años enteros no durmió ni pegó en todos ellos los ojos. En Antioco fue tan asquerosa, que contaminó su mal olor á todo su ejército, con ser muy grande, el cual no podia sufrir el hedor pestilencial que echaba su rey; gusanos le manaban del cuerpo, y las carnes se consumieron de dolor. De la misma manera Feretrina, reina de los barceos, todas las carnes se le

(1) Eccles. iii. — (2) Stob. serm. 96.

convirtieron en gusanos, de los cuales deshecha, vino á morir. Considere uno aquí el fin que tuvo la majestad real, sin poder nada todo el poder de la tierra contra unas sibandijas tan asquerosas, ni aprovecharle nada la limpieza de delicadas holandas contra el asco de los gusanos inmundos. Con razon entra el hombre llorando en este mundo, profetizando las muchas miserias, que aun teniendo tiempo para padecerlas, le ha de faltar para llorarlas; y así comienza tan temprano.

§ II.

Pestes extrañas.

¿Qué diré de las enfermedades pestilentes y extrañas que han consumido grandes ciudades, y aun provincias? Muchos autores escriben que los de Constantinopla fueron atormentados de una manera de pestilencia tan horrible, que les parecia á los heridos de ella ser muertos por mano de su vecino; y caidos en este frenesi, morian rabiando con sola esta imaginacion de puro miedo, creyendo ser muertos por mano ajena. Hubo en tiempo de Heraclio una pestilencia mortal en la Romanía, que en pocos dias murieron muchos millares de hombres, y era la furia y frenesi en la enfermedad tan grande, que la mayor parte de los heridos se echaban en el rio Tíber para matar el excesivo calor que como cauterio de fuego les abrasaba las entrañas. Tucídides, autor griego, escribe que en su tiempo hubo en Grecia tal corrupcion de aire, que murió una infinidad de gente sin poder hallar remedio para mitigar aquel desastre: y añade otra cosa mas extraña y admirable, que si por gran dicha convalencian algunos de aquella enfermedad, y escapaban de aquel veneno, quedaban sin memoria alguna de las cosas pasadas, hasta desconocerse los padres á los hijos. Marco Aurelio, autor digno de fe, escribe que en su tiempo hubo tan gran pestilencia en Italia, que queriéndola los historiadores escribir, les fue mas fácil contar los que quedaron vivos que decir el número de los muertos. Los soldados de Avidio Casio, estando en Seleucia, ciudad del imperio de Babilonia, entraron en el templo de Apolo, y hallando allí un cofre ó escritorio, le abrieron, esperando hallar mucho dinero en él, del cual salió un aire tan hediondo y corrompido, que contaminó toda aquella region de Babilonia, y de allí saltó á Grecia, y de Grecia á Roma, corrompiendo de tal manera los aires, que no quedó la tercera parte de los hombres que vivian.

No han sido en tiempos mas vecinos á los nuestros menores las calamidades; que como no aflojan los pecados, tampoco se descuida la justicia divina en castigarlos. Un año despues que el rey Franciseo de Francia se casó con D.^a Leonor de Austria, reinó en Alemania una pestifera enfermedad, que todos los heridos de ella morian dentro de veinte y cuatro horas, sudando un humor pestilentísimo. Y aunque este mal co-

menzó hácia el Occidente, se extendió despues de tal manera por Alemania, que parecia red barredera que queria llevarlo todo á hecho; porque antes que se hallase remedio murieron tantos millares de hombres, que muchas tierras y provincias quedaron desiertas y desbaratadas, porque la gran putrefaccion de aire que habia no dejaba cosa á vida. Era tanta esta ponzoña del aire, que todos andaban señalados de cruces coloradas. Y escribese que en el tiempo que esta pestilencia estuvo en su vigor y fuerza atormentaba tan furiosamente á Inglaterra, que con la fuerza de la ponzoña, no solo se ahogaban los hombres, pero que las aves dejaban sus nidos, huevos é hijuelos, los animales sus cavernas, las culebras y topos andaban juntos en bandas y compañías, no pudiendo sufrir la ponzoña que estaba encerrada en las entrañas de la tierra, y hallábanse muchos animales juntos muertos debajo de los árboles, heridos de landres sus miembros. El año de 1546 comenzó el postrero dia de mayo en Stix, ciudad de Provenza, una mortal pestilencia que duró nueve meses, y murieron muchísimas gentes de todas edades, de forma que los cementerios estaban tan llenos de cuerpos muertos, que no habia lugar de enterrar mas en ellos. La mayor parte de los heridos al segundo dia se volvian frenéticos, y se arrojaban en los pozos; otros de las ventanas abajo; á otros daba un flujo de sangre de narices tan récio como un gran arroyo, y el restañarse y acabar la vida era todo uno. Vino la cosa á tanto extremo, que las preñadas abortaban á los cuatro meses, morian ellas y sus criaturas, las cuales hallaban cubiertas de tabardillo de color por un lado algo azul que parecia sangre desparramada por el cuerpo. Era el mal tan grande, que los padres desamparaban á los hijos, y las mujeres á los maridos, ni aprovechaban las riquezas para no morir de hambre, por no poderse algunas veces hallar un vaso de agua por ningun dinero. Si acaso hallaban que comer, era el mal tan arrebatao, que muchos morian con el boeado en la boca. La furia del contagio era tan grande, por estar el aire de la ciudad tan corrompido del calor gravísimo del pestilencial mal, que á cualquier miembro que llegaba el vaho y aliento se levantaban grandes ampollas, y hacian llagas mortales. ¡Oh qué cosa tan monstruosa y horrible es de oír la que un médico cuenta, que era señalado por el regimiento para socorrer y curar los enfermos! Era (dice) esta enfermedad tan aguda y perversa, que no se podia atajar con sangrias, epítimas, triacas, ni otras cordiales medicinas; todo lo asolaba, ahogaba, mataba y destruía: de manera que el remedio que esperaba el herido era la muerte, sabiendo averiguadamente que el remedio y fin de aquel mal era el morir; y de esta manera esperaban la forzosa partida del alma, y temeroso apartamiento de los dos tan queridos amigos y compañeros. Lo cual él afirmó muchas veces haber visto hacer á muchas personas, especialmente á una mujer que llamó por una ventana para ordenarla algun remedio para su mal, y vióla como se estaba cosiendo con la mortaja, en cuya casa entrando

despues los que enterraban los muertos, la hallaron en la sala tendida muerta, aun no acabada de coser su mortaja. Á todo esto está sujeta la vida humana, para que teman los que tienen salud y regalo á lo que pueden llegar.

§ III.

Hambres notables.

No es menor miseria de la vida la hambre que no solo hombres particulares, pero provincias enteras, han padecido, cual fue la que padecieron los romanos despues de la general destruccion de Italia. Cuando Alarico, enemigo capital del género humano, cercó á Roma, vinieron á tanta pobreza, hambre y grandísima falta de todas las cosas, que no teniendo ya lo que comunmente solian comer, comenarou á comer los caballos, perros, gatos, ratones, lirones y todas las demás sabandijas que podian haber; y cuando estas les faltaron, se comian unos á otros. Cosa cierto espantosa y horrible, que cuando la justicia de Dios nos pone en aprieto, la necesidad nos trae á términos de no perdonar á nuestros semejantes, ni los padres á los hijos, ni aun las madres á los que parieron. Lo mismo acaeció en el cerco de Jerusalem, como cuenta Eusebio en la Historia eclesiástica. Cosa extraña es oír, pero mas abominable y monstruosa de ver, como cuando Scipion cercó la ciudad de Numancia, despues de haberlos cortado el poder meter mantenimiento alguno, los puso en tanta necesidad, é hizo padecer hambre tan mortal y tan canina, que cada dia iban á cazar romanos, como quien va á caza de bestias salvajes, para comérselos; de modo que tan sin asco comian de las carnes de los romanos, y bebían la sangre, como de una clara fuente la agua, y de un cabrito ó carnero la carne: á ningun romano perdonaban, y el que les venia á las manos luego era degollado y hecho cuartos, y se vendía por menudo en la carnicería pública; de manera que valia mas un romano muerto entre ellos, que vivo ó rescatado. En el libro IV de los Reyes se hace mencion de una hambre que hubo en Samaria en tiempo de Eliseo profeta, que hizo harta ventaja á esta que ahora decimos; porque hubo tanta falta de mantenimientos, que se vendía la cabeza de un asno por ochenta monedas de plata, y la cuarta parte de cierta medida de estiércol de palomas por cinco monedas de plata. Lo peor y mas inhumano del todo fue que, habiéndose acabado y consumido todos los mantenimientos, las madres se comían los propios hijos. Una ciudadana de Samaria se quejó al rey de Israel, que andaba por el muro, que su vecina no queria cumplir un concierto hecho entre las dos, que era de comer primero su hijo, y acabado aquel comer el de la vecina: lo cual yo hice y cumplí (dijo al rey), porque comimos el mio, y ahora ella esconde el suyo por no darme parte de él. Á la cual

oyendo el rey, pensó reventar de lástima, y rasgó sus vestiduras. Josefo en el libro VII (1) de la guerra de los judíos cuenta otra cosa casi semejante á esta, pero ejecutada con mas furia y por extraña manera. Habia (dice) en Jerusalem, cuando estaba cercada, una mujer noble y rica que habia escondido en una casa de la ciudad parte de sus riquezas, y comia pobre y regladamente de aquello que tenia; lo cual no pudo hacer en sana paz, porque los soldados y gente de guarnicion le quitaron en poco tiempo cuanto tenia en casa y fuera, y si allegaba ó mendigaba algo para comer y sustentarse, luego se lo quitaban de las manos, y le sacaban el bocado de la boca. Viéndose, pues, morir de hambre y sin remedio alguno para su necesidad, y sin consejo que bueno le pareciese, comenzó á armar contra las leyes naturales; y contemplando un niño que tenia á los pechos, comenzó á dar gritos diciendo: ¡Oh desdichado hijo, y mas desdichada madre! ¿Qué podré yo hacer de tí? ¿Dónde te guardaré? Las cosas van tan de rota, que aunque te salve la vida has de ser esclavo de los romanos; mejor será luego, hijo, que mantengas y sustentas á tu madre, y pongas temor á los malditos soldados que no me han dejado tras que parar, y seas ejemplo de piedad á todos los del siglo venidero, y muevas á lástima los corazones de los que están por nacer. Acabadas estas palabras degolló á su hijo, partióle por medio, tomó un asador, asó la mitad, y comióse la; y guardó la otra para otra vez. Luego en acabando esta lastimosa tragedia llegaron los soldados, y sintiendo la carne asada, comenzaronla á amenazar de muerte, si no les mostraba la vianda; mas ella estaba tan fuera de sí de pura rabia de lo que habia hecho, que no deseaba cosa mas que tener compañía á su hijo muerto; y sin miedo ni vergüenza alguna les dijo: Callad, amigos, que partiremos como hermanos, y diciendo y haciendo, sacó y puso delante el muchacho en la mesa; de lo cual los soldados asombrados y confusos sintieron tan gran dolor y lástima en sus corazones, que no pudieron hablar palabra de puro corridos. Ella, por el contrario, con una furiosa vista, con un semblante cruel y con voz ronca y desentonada, les dijo: ¿Qué es esto, señores? ¿No es mi fruto? ¿No es este mi hijo? ¿Esta no es mi maldad? ¿Por qué no comeis vosotros, pues comí yo la primera? ¿Sois por ventura mas asquerosos y escrupulosos que yo, ó mas delicados que la madre que le engendró? ¿No comeréis de lo que comí primero y comeré otra vez con vosotros? Pero no pudiendo ellos ver cosa tan horrible, y aborreciendo espectáculo tan lastimoso, echaron á huir, y dejaron sola la miserable madre con aquello poco que le quedaba del hijo, que era todo cuanto en suma le habia quedado de todos sus bienes.

No es menos horroroso que lo dicho lo que vamos á referir: desde el año 1528 sucedió en Francia que por tres años á causa de las muchas

(1) Joseph. l. 7 de Bell. Judai. cap. 3.

lluvias el trigo no pudo llegar á sazonar, de lo que resultó un hambre tan espantosa, que los hombres iban armados á cazar personas para comerlas, y se descubrió que en algunos mesones daban por comida carne humana á los pasajeros. Era cosa lastimosa el ver en cada momento personas caídas en el suelo que por su debilidad no podían tenerse en pié, y oír por todas partes: ¡Tengo hambre! ¡ay que me muero de hambre! Daba compasión el ver pasar á bandadas hombres, niños, mujeres, familias enteras buscando algo que comer, tan pálidos y secos, que parecían esqueletos ambulantes ó retratos de la misma muerte. Á aquella calamidad siguió otra muy grande, porque la gente para no perecer de hambre comían toda clase de yerbas, llenaban las tripas de cualquier cosa, proviniendo de allí las mas fuertes indigestiones, la hinchazón del vientre, con una muchedumbre de enfermedades y muertes que daba espanto el presenciario.

§ IV.

Males de la guerra.

Mayor que todas estas calamidades es la que trae la guerra; porque de los tres azotes de Dios con que suele castigar los reinos, es el de la guerra el mas grande, así porque le siguen los otros dos, como porque trae consigo mayores penas, y lo que peor es, mayores culpas, de las cuales carece la peste, en tiempo de la cual todos procuran componerse con Dios y disponerse para la muerte, aun los que están sanos; y el que envía la peste es Dios, que es la suma santidad, sin atravesar por manos de hombres, como viene la guerra. Por lo cual David tuvo por dicha que padeciese peste su pueblo y no guerra; porque juzgó por mejor caer en manos de Dios que en las de los hombres. La hambre tambien, aunque trae algunos pecados, disminuye otros; porque aunque la acompañan muchos hurtos, no consiente tantos faustos y vanidades, y no son tantos los géneros de vicios que permite, como la guerra ocasiona. Basta para representar las calamidades que trae esta calamidad que sumemos aquí algunas de las que ha padecido la Alemania en las guerras que la han infestado en nuestros tiempos con la venida de los suecos. Un libro entero salió en Inglaterra que tiene solo por argumento contarlas, y no las pudo referir todas; y yo solamente apuntaré algunas, dejando aparte los lugares que se han despoblado y quemado; porque en sola Baviera fueron abrasadas dos mil villas: las insolencias y crueldades de los soldados vencedores fueron inauditas; porque los vencidos les dijese donde hallarian que robar, y si no los mataban. Y para que especifiquemos algo, con un cordel ó cuerda de arcabuz les ceñían la frente, y luego torciéndole con un palo, les iban apretando las sienas hasta que brotaba la sangre, se quebraba el casco, y saltaban los sesos. Á otros

echábanlos en el suelo ó sobre una mesa, atados de piés y manos, y luego les ponían encima gatos ó perros hambrientos para que les comiesen las entrañas, como sucedia muchas veces, que la hambre de los gatos les hacia que les despedazasen los vientres y les comiesen las tripas. Á otros colgaban de las manos de alto, quedando todo el peso del cuerpo colgando de ellas, y luego debajo de los piés les pegaban fuego. Á otros con una escoda ó martillo les quitaban las narices y orejas, y despues hacian de ellas cintillos para los sombreros; teniendo por mayor gala el mayor horror que causaba su crueldad, preciándose de mas hombre quien se mostraba mas fiero contra los hombres. Á otros con cierta manera de embudo echaban agua por la boca, hasta que les llenaban como á una bota; y luego con violencia les pisaban el vientre y estómago, haciéndoles salir el agua, reventando por la boca y narices. Á otros, atándolos desnudos á un palo, los desollaban como á san Bartolomé; á otros sacaban bocados, y á otros los dividían en muchas partes, descuartizándolos vivos. Forzaban á las mujeres, y luego por entretenimiento les cortaban los brazos. Algunos soldados eran no solo tan fieros, sino tan fieras, que se comían los niños, y cogiendo á un chiquito de los piés, le arrancaban una pierna, y con la mano derecha se la estaban comiendo y chupando la sangre, y con la izquierda tenían colgado del otro pié al muchacho llorando. Á los cautivos y presos no les ataban las manos solamente, sino horadábanles los brazos, y por las mismas carnes les metían las sogas, y arrastrábanlos detrás de los caballos, á los cuales daban de comer en los vientres de los hombres, que sacadas las entrañas servían á los caballos de pesebre. Á otros ataban las manos hasta hacerles reventar sangre: robábanlo todo, y mataban á los hombres en sus casas; y á algunos graves magistrados, perdonando la vida, hacian los mas viles soldados que les sirviesen, descubiertas las cabezas, á las mesas. Muchos por no ver ni pasar tales lástimas tomaban veneno. Las doncellas, siguiéndolas los soldados para forzarlas, se echaban en los ríos.

Juntáronse á estas desdichas de la guerra la peste y la hambre: los hombres que habian huido del enemigo se quedaban muertos de peste en los campos, otros de hambre: no habia quien los sepultase sino los perros que los comían, y las aves: ni los que morían debajo de tejado tenían mas honrada sepultura, porque los ratones tambien se los comían; pero vengábanse de este agravio los hombres, porque la hambre fue tal en muchas partes, que se comían los ratones, de los cuales habia carnicería pública, y se vendían por muy subido precio. Erán dichas las ciudades en que se hallasen á comprar semejantes carnes; porque en otras no valia nada sino la diligencia de cada uno. Andaban á la rebaliña sobre un raton, y en la porfia le hacian pedazos, teniéndose por dichoso á quien le cabia un cuarto de sabandija tan asquerosa. El que comia carne de caballo se tenia por regalado. Era dicha saber don-

de habia un rocin muerto. Unas mujeres toparon un lobo muerto, po-
drido y lleno de gusanos, y dieron en él como en una torta regalada. Los
ahorcados no estaban seguros en las plazas; iban, y les cortaban peda-
zos de carne para comérselos: ni aun los difuntos en las sepulturas,
porque de noche los desenterraban para sustento de los vivos. Pero ¿qué
mucho que se comiesen los muertos, pues á no pocos vivos mataron
para sustentar el hambre? Y dos mujeres mataron á otra para comérse-
la. Con tan recientes ejemplos no es necesario traer á la memoria otras
calamidades de guerras antiguas. Basta lo dicho para que se vea la mul-
titud de desdichas que caben en la vida.

§ V.

Misérias que causan los afectos humanos.

Sobre todo la mayor calamidad de la vida humana no es la peste ni la
hambre, sino las pasiones humanas no puestas en razon; por lo cual
dijo san Juan Crisóstomo (1): *Entre todos los males es el hombre malísi-
mo mal: cada bestia tiene un mal, y ese es propio de ella; mas el hombre
es todos los males. Aun el diablo no se atreve á llegar á un justo; pero el
hombre llega á despreciarle: y en otra parte dice por la misma causa (2):
Comparado se ha el hombre á los jumentos; pero peor es compararse que
nacer jumento; porque no es culpable estar por su naturaleza privado del
uso de la razon: pero que el hombre dotado de la razon sea comparado á los
brutos, este es el delito de la voluntad; y así nos hacen de peor condicion
nuestras pasiones. No es creible lo que padecen los hombres de los mis-
mos hombres; de un envidioso, de un colérico, y de cualquier apasio-
nado. David ¿qué es lo que padeció de la envidia de Saul? Destierros,
hambres, peligros, guerras. Á Elias ¿cómo le paró el deseo de vengan-
za de Jezabel? Mas le afligió que una pestilencia; porque del mismo vi-
vir tuvo hastío. Á Nabot la codicia de Acab le quitó la vida mas pres-
to que se la quitara la peste. ¿Qué garrotillo ó pestilencia hubo como
la ambicion de Herodes, que acabó con tantos mil niños? ¿Qué contagio
mas mortal se puede temer que la condicion de Neron y de otros que,
poseidos de su pasion, quitaron á muchos las vidas por darse á si un
gusto? Por eso dijo Tulio (3): *Los deseos son insaciables, y no solo des-
truyen á personas particulares, sino á familias enteras, y aun á toda una
republica arruinan. De los deseos nacen los odios, los pleitos, las discordias,
las sediciones y las guerras. ¿Qué géneros de tormentos y muerte no ha**

(1) Super Matth. — (2) Hom. in Ascens. — (3) Cicer. de finibus. Cupidi-
tates sunt insatiabiles, quæ non modo singulos homines, sed universas familias evertunt,
totam etiam labefactant rempublicam. Ex cupiditatibus odia, dissidia, discordia, se-
ditiones, bella nascuntur.

inventado el odio y crueldad humana? ¿Qué suerte de venenos no ha
hallado la pasion de los hombres? Orfeo, Oro, Medesio, Heliodoro y
otros muchos autores hallaron quinientas maneras de dar veneno encu-
bierto, y otros muchos las acrecentaron. Pero respecto de lo que pasa en
algunas partes el dia de hoy, fueron ignorantes; porque ya no hay cosa
segura, pues se han dado veneno, aun cuando se daban las manos de
amigos, los que se reconciliaban: solo en el sentido del oido no ha topado
puerta la ponzoña; de los demás ya se ha señoreado: con el olor de una
rosa, con la vista de una carta, con el tocar de un hilo, con el gustar
de una pasa, ha hallado puerta la muerte.

No hay cosa que cause mas miserias en los hombres que las pasiones
de los hombres, con las cuales á sí mismos no se perdonan. El soberbio
se enoja y carcome por la felicidad ajena; el envidioso se muere de ver
á un dichoso con vida; el codicioso se desvela por lo que no ha menes-
ter; el impaciente se despedaza las entrañas por lo que no le importa;
el colérico se pierde por lo que no le va ni le viene. ¿Cuántos por no
vencer una sola pasion han venido á perder la hacienda y el sosiego, y
la vida temporal y eterna? Testigo de esto es Aman que, por querer mas
cortesía que se le debia, perdió honra, hacienda y vida, hasta parar en
una horca. Tampoco paró la ambicion de Absalon hasta colgarse de un
árbol ahorcado con sus propios cabellos. De la misma suerte le costó á
Amnon la vida la ejecucion de su pasion, y antes le tenia enfermo, fla-
co y pálido, causando en él mayor efecto su amor desordenado que pu-
diera hacer una ardiente fiebre. Fuera de esto, á muchos han sido las
pasiones no mortificadas unos verdugos crueles que les han sacado de
repente el alma. Escribe Durabio (1) que el rey de Bohemia Wences-
lao cobró tanta ira con un áulico suyo porque no le avisó de un tu-
multo que levantó Zizca en Praga, que fué á matarle con la espada des-
nuda; pero deteniéndole porque no manchase á la majestad real con la
sangre de su criado, le dió una apoplejía, de que murió luego. La muer-
te de Nerva fue tambien por una ira (2) que tomó, como refiere Aure-
lio Victor. De Diodoro Crono escribe Plinio (3) que murió de repente,
de vergüenza de no haber respondido bien á una pregunta de Estrabon.
De miedo, tristeza, gozo y amor son muchos los que han muerto. So-
lo quiero referir aquí un caso lamentable que dejó escrito Paulo Jo-
bio (4). Un hombre casado habia estado con una mujer amancebado con
tanto escándalo, que el obispo de la ciudad los excomulgó, si se viesen
juntos. El hombre estaba tan ciego de pasion que, despreciando el man-
dato de su obispo, fué secretamente á verse con la manceba; mas ella,
arrepentida ya de lo pasado, le trató mal de palabras, reprendiéndole
su atrevimiento, y diciendo que se fuera al punto de su presencia, y no

(1) Durab. lib. 2 hist. Bohemi, e. anno 1448. — (2) Aurel. Victor in epit. vit.
Nervæ. — (3) Plin. lib. 7. — (4) Jobius, lib. 39 hist. sui temp.